

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA (S. I. Catedral de Santander, 15.08.2008)

+ **Vicente Jiménez Zamora**
Obispo de Santander

Introducción

“Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novia que se adorna con sus joyas” (Is 61,10).

Celebramos hoy, 15 de agosto, el gran misterio de la Asunción de la Stma. Virgen María en cuerpo y alma a los cielos. Fiesta titular de nuestra S. I. Catedral Basílica de Santander.

La Iglesia se llena de inmensa alegría, porque, al contemplar la gloria de la Madre del Señor, sobre la que brilla la luz de la Pascua, celebra el poder de Dios. Lo que en ella ha sucedido es lo que debe suceder en nosotros: donde ella está, estaremos también nosotros.

Dogma de fe

La Asunción de la Virgen María es un dogma de fe, es decir, una verdad revelada por Dios y propuesta por la Iglesia a los fieles para ser creída y vivida.

Dogma mariano vivido antes que definido. En efecto, ya desde los primeros siglos palpita esta verdad en el seno de la Iglesia. A partir del siglo IV, los cristianos de Oriente y de Occidente, cantan en sus bellísimas liturgias la *dormición* de la Virgen, el *tránsito* de María, la *glorificación*, la *pascua* de nuestra Señora.

También los artistas, fieles intérpretes de la fe del pueblo, han rivalizado en la interpretación plástica del gran misterio asuncionista: Rafael, Juan de Juanes, el Greco, Guido Reni, Tintoreto, Tiziano... A la misma altura que los pintores, proclaman su fe con su gubia nuestros incomparables imagineros del siglo de Oro, reproduciendo el misterio de la Asunción en retablos desbordantes de luz y colorido y en tallas colosales. Veintiséis Catedrales en España están dedicadas a este misterio de la Asunción de María. Entre ellas está nuestra Catedral de Santander.

Por fin este proceso de fe popular culminó en la solemne definición dogmática de este admirable misterio, que autenticaba el “sensus fidelium”. Pío XII, el 1º de noviembre de 1950, en la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus* definía “que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, acabado el curso de su vida terrena, fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial”.

Pero los dogmas de nuestra fe no deben ser ocasión para regodeos espirituales o entusiasmos narcisistas, sino misterios que iluminan nuestras vidas y fortalecen nuestra fe.

Mensaje de la solemnidad

1. Pablo VI, *Marialis Cultus*. El Papa Pablo VI, en su Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, n.6, nos ofrece el sentido y mensaje de la solemnidad. “La Asunción de María es la fiesta de su destino de plenitud y de bienaventuranza; de glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal; de su perfecta configuración con Cristo Resucitado; una fiesta que propone a la Iglesia y a la humanidad la imagen y la consoladora prenda del cumplimiento de la esperanza final; pues dicha glorificación plena es el destino de aquellos que Cristo ha hecho hermanos teniendo “en común con ellos la carne y la sangre” (Hb 2, 14; cfr. Gál 4, 4).

2. María, cita y anticipo. María, en el misterio de la Asunción, “es figura y primicia de la Iglesia, que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza del pueblo de Dios peregrino en la tierra” (*Prefacio de la solemnidad*).

María es la mujer descrita en el libro del *Apocalipsis (1ª lectura)*: “Apareció una figura portentosa en el cielo. Una mujer vestida del sol, la luna por pedestal y coronada con doce estrellas”. La Virgen María es la primicia de los redimidos por Cristo, el fruto más espléndido y granado de la Redención de Cristo (*2ª lectura de la fiesta*).

La Iglesia nos invita a levantar la mirada y el corazón hacia la Virgen María, la cual brilla ante el pueblo cristiano como modelo de toda virtud. “Al hombre contemporáneo, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, postrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sinfín, turbado en el ánimo y dividido en el corazón [...], la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en la Ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte” (Pablo VI, *Marialis Cultus*, n. 57).

Presencia de la Virgen en esta hora del mundo y de la Iglesia

En esta hora del mundo, la Iglesia ve la necesidad de poner de relieve la presencia singular de la Madre de Cristo en la historia. La ve maternalmente presente en los complejos problemas de los individuos, las familias y las naciones. La ve socorriendo al pueblo cristiano en su lucha incesante contra el mal.

Por ello la Iglesia quiere avivar la memoria de la Virgen María en nuestra sociedad marcada por el laicismo, por el secularismo, por el indiferentismo religioso y el relativismo moral.

La devoción a la Virgen María hoy nos empuja a una vida más cristiana y evangélica. María nos recuerda mejor que nadie la llamada universal a la santidad; nos impulsa a formas de vida nueva, al seguimiento de Jesucristo, su Hijo: el Camino, que nos conduce al Padre, la Verdad, que nos hace libres y la Vida, que nos llena de alegría.

La Virgen nos ayuda a no dejarnos dominar por el miedo y la desesperanza ante las dificultades actuales y a comprometernos en la construcción de un mundo nuevo en paz, sin violencia y terrorismo, más justo, más fraterno, más solidario, donde no haya pobres “lázaros” que sólo comen las migajas que caen en las mesas de los ricos “epulones”. La Virgen María nos invita a poner la esperanza sólo en Dios, que “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc 1, 52). La Madre de Dios nos mueve a transformar con la fuerza del Evangelio de su Hijo Jesús los criterios de juicio, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación (cfr. EN 19).

Conclusión. Hermanos: os invito al gozo y a la fiesta con toda la Iglesia. Hoy nos llenamos de inmensa alegría, porque al contemplar la gloria de la Madre del Señor, sobre la que brilla la luz de la Pascua, celebramos el poder de Dios. Lo que en ella ha sucedido es lo que debe suceder en nosotros; donde está ella, estaremos también nosotros.

En este día de fiesta os invito a tener un encuentro con la Virgen, la “llena de gracia”, la “bendita entre todas las mujeres” de todos los tiempos y lugares.

Como los primeros cristianos le suplicamos: “Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita”. Amén